

Rivas, Luis Heriberto

“Nosotros esperábamos...” (Lc 24,21)

“We expected...” (Lc 24,21)

Revista Teología • Tomo LIII • N° 121 • Diciembre 2016

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

RIVAS, Luis Heriberto, *“Nosotros esperábamos...” (Lc 24,21)* [en línea].

Teología, 121 (2016). Disponible en:

<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/nosotros-esperabamos-rivas.pdf>> [Fecha de consulta: ...]

“Nosotros esperábamos...” (Lc 24,21)

RESUMEN

En este artículo el padre Rivas nos hace recorrer el camino de Emaús junto a los discípulos y Jesús. Es una hermosa propuesta para pasar de la tristeza y decepción a la confianza y la alegría. La humanidad hace planes a corto plazo y espera soluciones inmediatas. Cuando estas no se cumplen, llega la decepción, la amargura y la pérdida de esperanza. En este texto se nos recuerda que Dios tiene un plan para la eternidad que se ha de cumplir indefectiblemente. Jesús no vino a restaurar un reino terrenal, sino a llevar a cabo el plan de Dios de transformar al mundo y a la humanidad.

Palabras clave: discipulado, escrituras, visión, resucitado, decepción, esperanza

“WE EXPECTED...” (LC 24, 21)

ABSTRACT

Fr. Rivas invites us to walk along the road to Emmaus with both Disciples and Jesus. His invitation leads from sadness and despair to trust and joy. Mankind makes short term plans and looks for immediate solutions. When they don't take place, deceit, bitterness and lack of hope follow. This text reminds us that God has an eternal plan which shall be undoubtedly accomplished. Jesus did not come in order to establish an earthly reign but to develop God's plan: to transform both the world and humanity.

Key words: discipleship, Scriptures, Vision, resurrected, Disappointment, Hope

“La primera piedra que debemos remover... es la falta de esperanza que nos encierra en nosotros mismos. Que el Señor nos libre de esta terrible trampa de ser cristianos sin esperanza, que viven como si el Señor no hubiera resucitado y nuestros problemas fueran el centro de la vida” (PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Vigilia Pascual*; 26-3-2016).

1. El anuncio de la resurrección de Jesús y la falta de fe

Los cuatro evangelios coinciden en finalizar la historia de la pasión con la narración de las mujeres que hallaron la tumba vacía y recibieron el anuncio de la resurrección de Jesús.

Marcos relata que las mujeres, después de salir del sepulcro, “no dijeron nada a nadie” (Mc 16,8). Lucas, en cambio, dependiendo de otra fuente, afirma que “anunciaron todo a los once y a todos los demás” (Lc 24,9.22), sin agregar comentarios sobre la forma en que estos recibieron la noticia. Pero inmediatamente después, una vez que ha individualizado a las mujeres que llevaron el mensaje (24,10), reitera el dato del anuncio reduciendo el número de los destinatarios, y dice que “comunicaron todo esto a los apóstoles”,¹ y añade que “a estos les pareció que eran fantasías y no les creyeron” (24,11). Esta última observación indicaría que quienes recibieron con escepticismo el anuncio llevado por las mujeres fueron solamente los apóstoles. Sin embargo, poco más adelante, cuando se refiere a los que iban decepcionados caminando hacia Emaús, dice que uno de ellos se llamaba Cleofás (24,18), nombre que no pertenece a ninguno de los doce (6,14-16). Se deberá entender entonces que quienes desacreditaron el mensaje de las mujeres eran los once y también la comunidad reunida en torno a ellos.

Los dos hombres que se presentaron en el sepulcro se refirieron a Jesús como “el Viviente” que no debía ser buscado entre los muertos (24,5), y afirmaron ante las mujeres que “no está aquí, sino que ha resucitado” (24,6). Ellas tuvieron sólo la palabra del anuncio pascual,

1. San Pablo había distinguido los “apóstoles” y “los doce” como dos grupos diferentes (1 Cor 15,5.7), pero según los sinópticos, los apóstoles son solamente los Doce designados por Jesús (Lc 6,13 y Mt 10,2; según algunos manuscritos también Mc 3,14). Como excepción, Pablo y Bernabé también son llamados apóstoles en Hch 14,14.

sin ninguna aparición de Jesucristo resucitado. Sin embargo salieron de inmediato a llevar este mensaje a los demás discípulos. Los apóstoles y demás miembros de la comunidad, en cambio, oyeron la palabra de las mujeres portadoras de la buena noticia, y reaccionaron de manera negativa: “les pareció que eran fantasías y no les creyeron” (24,11).

El evangelista presenta de esta manera dos grupos: por una parte las mujeres que llevan el feliz anuncio de la resurrección del Señor, y por la otra los once (y se entiende que también todos los demás) que consideran que este anuncio es una fantasía y no creen.

2. Dos discípulos se alejan

Después de la mención de la visita de Pedro al sepulcro (24,12),² el evangelio de Lucas añade el texto con el relato del encuentro del Resucitado con los dos discípulos que iban hacia Emaús (24,13-35), al que se alude brevemente en el final canónico del evangelio de Marcos (Mc 16,12). Es un texto que proviene de una fuente particular de Lucas, y con el que inicia la parte dedicada a las apariciones del Resucitado (24,13-53), sin paralelos en los otros evangelios.

El relato está encuadrado entre dos frases paralelas que marcan de manera evidente el sentido de toda la narración:

24,16 – sus ojos eran impedidos para que no pudieran reconocerlo

24,31 – sus ojos fueron abiertos y entonces lo reconocieron

En el centro del relato se lee una frase referente al mismo fenómeno de la visión de Jesucristo resucitado:

24,24 - ...fueron al sepulcro... pero a él no lo vieron.

De esta forma se advierte al lector que el narrador hace este relato con la finalidad de mostrar la forma en que es posible “ver” a Jesús después de su muerte y resurrección.

El relato de los viajeros que se dirigen a Emaús comienza fijando

2. La visita de Pedro al sepulcro, fuera de este lugar, es mencionada solamente en Jn 20,3-10. Por su vocabulario, Lc 24,12 tiene indicios de provenir de una fuente cercana a la utilizada por el autor del evangelio de Juan.

las coordenadas de tiempo y espacio: “ese mismo día dos de ellos iban caminando hacia un pueblo que está a una distancia de sesenta estadios de Jerusalén, llamado Emaús” (24,13). El autor del texto destaca que esto sucede “en ese mismo día”, es decir “el primer día de la semana” (24,1), el día del encuentro de la tumba vacía, el domingo de la resurrección. Tiene cuidado, además, en señalar en primer lugar la distancia que hay entre Jerusalén y el pueblo al que se dirigen, para que el lector entienda que se trata de un lugar apartado.³ Al indicar que los dos discípulos caminan hacia un lugar que no está ubicado dentro de la ciudad de Jerusalén ni en sus alrededores, sino en un lugar distante, y que hacen esto en el mismo día de la resurrección de Jesús y su proclamación por parte de las mujeres, produce en el lector la impresión de que los caminantes se alejan, ponen distancia con todo lo que ha sucedido. Al hecho de que no habían creído en el mensaje de las mujeres se agrega ahora que abandonan la ciudad.

Tiene importancia el hecho de que se aparten de Jerusalén, porque en el evangelio de Lucas, a pesar de ser “la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados” (13,34), es la ciudad en la que se debe cumplir todo lo que anunciaron los profetas sobre el Hijo del hombre (18,31), ya que todos los profetas deben morir en Jerusalén (13,33); es la ciudad en la que se producirán las apariciones del Resucitado (y no en Galilea, como en Mt 28,6.16), de la que los discípulos no se deben apartar hasta que hayan recibido el Espíritu Santo (Lc

3. No es posible afirmar con absoluta certeza cuál era la ubicación de esta localidad llamada Emaús. Los testimonios escritos difieren al indicar la distancia que la separa de Jerusalén. Los manuscritos más antiguos, como son los papiros, y también los códices Alejandrino, Vaticano y otros ofrecen la lectura de “60 estadios” (aprox. 11 kms). El santuario que los peregrinos visitan desde la época de las cruzadas está situado en la localidad de *El-Qubeibeh*, a unos 11,5 kms (aprox.) desde Jerusalén, pero no consta que en los primeros siglos esta población hubiera sido conocida con el nombre de “Emaús”. El códice Sinaitico y algunos manuscritos más tardíos dicen “160 estadios” (aprox. 30 kms). De acuerdo con esta lectura, algunos autores, desde la época de los Padres, identifican Emaús con una localidad situada a una distancia de aprox. 37 kms desde Jerusalén, que en la antigüedad era conocida con el nombre de *Amwas*, y así es llamada hasta el día de hoy. Esta población es mencionada en 1 Mac 3,40.57 y 9,50; también por algunos autores antiguos como Flavio Josefo y Plinio el anciano. Es difícil aceptar esta identificación, si se tiene en cuenta que según el relato los discípulos debieron recorrer esa distancia dos veces en el mismo día. Si en la época de los Santos Padres se identificó a Emaús con *Amwas*, se habrá debido solamente a la semejanza del nombre, y por esta razón algunos copistas se habrán sentido autorizados para modificar el texto evangélico: “La variante... parece haber surgido en conexión con la identificación patrística de Emaús con *Amwas*” (METZGER, B.M., *A Textual Commentary on the Greek New Testament*; Stuttgart, SBU 1971; 158).

24,49; Hch 1,4) y desde la que debe partir el anuncio de la Buena Noticia (Lc 24,47; Hch 1,8). La partida de los discípulos que se dirigen a Emaús indica que el grupo de los seguidores de Jesús comienza a disgregarse y esto se debe a la falta de fe.

Los discípulos caminaban comentando lo que había sucedido (24,14). Se dice que “conversaban y discutían (*homilein kai syzētein*)” (24,15). La conversación de ellos tiene la forma de una discusión (*syzētēsis*), es decir una disputa sobre algo en lo que no están de acuerdo, y que esta tiene lugar mientras van caminando. Los sucesos de los que habían sido testigos durante el tiempo que estuvieron con Jesús debían aparecer como inconciliables con los otros que habían tenido lugar en Jerusalén, y esto suscitaba pareceres controvertidos. Por una parte se les presentaba todo lo que ellos habían visto y oído de Jesús (24,19), la confianza que habían depositado en él cuando les anunció con su palabra autorizada que se aproximaba el reinado de Dios y lo demostró con sus gestos y milagros. Por otra parte estaban los terribles acontecimientos de los que acababan de ser testigos, cuando Jesús fue maltratado y muerto en la cruz como un delincuente.

El relato de Lucas, siguiendo a Marcos, refiere que Jesús había anunciado sus futuros padecimientos y la muerte en la cruz en tres oportunidades (9,22; 9,43b-45; 18,31-34). En dos de esos momentos también anunció que esos tristes sucesos no significaban un desastroso final, sino que inmediatamente se produciría la resurrección (9,22; 18,33), pero el evangelista introdujo el comentario de que los discípulos, cuando oyeron esos anuncios “no comprendían lo que decía; les estaba velado” (9,45); “no comprendían nada de todo esto; este asunto se les ocultaba; no entendían lo que decía” (18,34). Ellos podían entender muy bien que Dios puede “levantar”, “suscitar”, al que está caído, pero les resulta incomprensible aquello de “resucitar de entre los muertos”. Los discípulos que caminan hacia Emaús no tienen en cuenta los anuncios de la resurrección y continúan con esa ignorancia.

3. Jesús resucitado se hace presente

La escena, que hasta ahora estaba ocupada por los dos caminantes entretenidos en sus discusiones, se amplía con la entrada de otro perso-

naje: Jesús resucitado entra para desempeñar un papel protagónico. El autor del evangelio lo relata como un suceso que se produce de manera súbita: “Y sucedió que mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús, que se había acercado, caminaba junto con ellos” (24,15).

Un tema recurrente en el evangelio de Lucas es el de Jesús que “camina”. Desde el momento que se dispuso salir hacia Jerusalén (9,51), porque en ella se cumplirán las Escrituras, se indica que él va caminando hacia la ciudad (9,53; 10,38; 13,33; 17,11; 19,28). Y así como en su vida terrenal los discípulos y las multitudes “caminaban con él” (7,11; 14,25), en la etapa post-pascual él camina con sus discípulos, aun cuando por su falta de fe estos se alejan de Jerusalén, apartándose de la comunidad para seguir otro camino (24,15).

De una manera sutil, el autor del evangelio retoma el tema de que Dios acompaña a su pueblo en la peregrinación del desierto, así como está atestiguado en el Antiguo Testamento (Ex 13,21; 33,12-14; Nm 14,14; Dt 1,29-33). A pesar de las rebeldías que fueron marcando los años en que Israel caminaba hacia la tierra que Dios le había prometido, el Señor lo acompañaba y le marcaba el camino hacia el fin que él se había propuesto.⁴ “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre [...] con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios”.⁵

Jesús caminaba con los discípulos que iban hacia Emaús, pero algo impedía que sus ojos pudieran reconocerlo (24,16). En el texto griego se utiliza un verbo en forma pasiva: se dice que sus ojos *ekra-tounto* (eran impedidos, eran forzados).⁶ Se trataría de un “pasivo teo-

4. “... el Dios de Israel acompaña, libera, da y reúne. 1. Acompaña: indica el camino en el desierto, en virtud de una presencia simbolizada, según las tradiciones, en el ángel que guía, o en la nube que evoca el misterio impenetrable (Ex 14, 19-20 y *passim*). 2. Libera del yugo de la opresión y de la muerte. 3. Da, en doble sentido: por una parte se da a sí mismo en cuanto Dios del pueblo que nace; por otra parte, le da a este pueblo el “camino” (*'derek'*), que es el medio para entrar y permanecer en relación con Dios, para darse a Dios como respuesta”. 4. Reúne al pueblo que nace en torno a un proyecto común, un proyecto de ‘vivir juntos’ (de formar un *'qahal'*, al que en griego le puede corresponder la palabra *'ekklésia'*)” (PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *Biblia y moral. Raíces bíblicas del comportamiento cristiano* (11-5-2008).

5. FRANCISCO, *Misericordiae Vultus. Bula de Convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia* (11-4-2015); n. 1.

6. En los textos de los anuncios de la pasión también se utilizaron expresiones semejantes para expresar la causa de la falta de comprensión por parte de los discípulos: “les estaba velado” (9,45); “se les ocultaba” (18,34).

lógico": el sujeto implícito sería el mismo Dios. Se querría decir que el mismo Dios actuaba sobre los ojos de ellos para que estos no pudieran reconocer a Jesús resucitado. Se intenta provocar en el lector una incógnita que quedará en suspenso y sólo recibirá una respuesta al llegar al final del relato: Dios impide que los ojos humanos puedan ver al Resucitado, pero abrirá los ojos de los discípulos para que reconozcan a Jesús, no en su apariencia física sino "en la fracción del pan" (24,31).

Jesús, que se ha hecho compañero de camino con los dos discípulos, interviene en su conversación interrogándolos sobre el tema que es objeto de la discusión que ellos mantienen mientras van caminando: "¿Cuáles son estas cosas que ustedes comentan mientras caminan?" (24,17). El término que aquí se traduce por "comentar" (*antibálllein*) expresa la idea de "dar vueltas, enfrentar ideas" (2 Mac 11,13). La referencia al tema de la conversación y al camino de alejamiento tocó el punto sensible de la situación de los discípulos, de modo que al oír-las, se detuvieron tristes.⁷ La tristeza es el ámbito que envuelve el camino de alejamiento de Jerusalén.

Uno de ellos, llamado Cleofás,⁸ tomó la palabra para responder a Jesús y lo hizo por medio de una pregunta que tenía el matiz de reproche: "¿Tú eres el único peregrino en Jerusalén que ignora...?" (24,18). Cleofás piensa que este viajero que camina en la misma dirección que ellos debe ser uno de los miles de peregrinos que han concurrido a Jerusalén para celebrar la Pascua y ahora regresa a su propio pueblo. Los acontecimientos de los últimos días habrían sido suficientemente conocidos, de modo que Jesús podía haberse involucrado en la discusión sin hacer preguntas. Pero la interrogación de Jesús no se debía a ignorancia de los acontecimientos sino un recurso didáctico, una pregunta retórica, para lograr que Cleofás precisara cuál era el

7. Los manuscritos más antiguos tienen esta lectura: "... mientras caminan? Y ellos se detuvieron tristes". Pero otros manuscritos y versiones antiguas tienen una lectura diferente: "... discuten mientras caminan y están tristes?".

8. El Nuevo Testamento no ofrece ninguna otra información sobre este discípulo, que en el texto griego del evangelio de Lucas es llamado *Kleopas* (contracción del nombre griego *Kleopatros*). Algunos han supuesto que se identifica con el esposo de una de las mujeres que estaban junto a la cruz de Jesús ("María, la de Klōpa...": Jn 19,25), pero el nombre de este último es de origen semítico y se escribe de manera diferente: *Klōpa*. Se trata entonces de otra persona. La versión latina de la Biblia (*Vulgata*) transcribió *Cleopas* en los dos casos, y de allí se derivó el nombre *Cleofás* a otras versiones. A partir de esto se generalizó la opinión de que es la misma persona, y el santoral de la Iglesia lo conmemora el día 25 de setiembre.

motivo que provocaba la discusión mientras él y su compañero se alejaban de la ciudad de Jerusalén.

Como si no hubiera percibido el tono de reproche de Cleofás, Jesús continuó mostrándose como ignorante de los hechos y volvió a preguntar cuáles eran esos acontecimientos que provocaban la discusión entre los dos caminantes.

El lugar central del relato estará ocupado por el discurso de Cleofás, que comenzó entonces a detallar los sucesos que tuvieron lugar en Jerusalén. Tomó la palabra y dijo que se referían a “Jesús el nazareno⁹... un profeta poderoso...” (24,19). Esta identificación coincide con lo que relatan los evangelios: muchos tomaron a Jesús como un profeta (Lc 7,16.39; 9,8.19; cf. Mt 21,11; Jn 6,14). Cleofás añade que Jesús era: “... un profeta poderoso... en obras y en palabras” (24,19). Al describir de esta forma a Jesús, la imagen coincide con la que Esteban aplica a Moisés en su discurso ante el Sanhedrín: “... era poderoso en sus palabras y obras” (Hch 7,22). Cleofás continúa describiendo a Jesús con rasgos semejantes a los de Moisés, porque más adelante dice que él y sus compañeros esperaban que Jesús “redimiera a Israel (*lutroutthai*)” (Lc 24,21); afirmación que encuentra su paralelo en lo que Esteban dice a continuación acerca de Moisés, que fue enviado como “redentor (*lutrôtēs*)” de Israel (Hch 7,35). Cleofás no ha alcanzado a ver quién es verdaderamente Jesús, y lo describe como el profeta semejante a Moisés anunciado en Dt 18,18-19. En el judaísmo se encuentra la corriente de los que esperaban que el Mesías fuera un “Segundo Moisés”. Los textos que atestiguan esta creencia pertenecen a una época muy posterior,¹⁰ pero es posible que las expresiones puestas en boca de Cleofás sean un temprano testimonio de esta opinión.

Después de haber presentado a Jesús como el profeta poderoso, Cleofás pasa a explicar cuáles son esos acontecimientos de los últimos

9. La identificación de Jesús como “el nazareno”, en la obra de Lucas aparece siempre en el contexto de la realización de milagros (Lc 4,34; 18,37; Hch 2,22; 3,6; 4,10; 6,14; 10,38).

10. En textos del judaísmo más tardío se encuentran referencias a un Mesías que hará las mismas cosas que Moisés: “El redentor último (*el Mesías*) será como el primero (*Moisés*)... Así como el primero alimentó al pueblo con el maná, también el último hará venir el maná...” (*Qoh R.*, 1,28 sobre 1,9). Afirmaciones semejantes se encuentran en muchos otros textos de la tradición rabínica. Pero si bien estos son posteriores a la época del Nuevo Testamento, algunos autores suponen que recogen tradiciones anteriores (JEREMIAS, J., “The Messiah as a Second Moses”, en *TDNT*, IV, 859-863).

días que le causan tristeza: “los sumos sacerdotes y nuestras autoridades entregaron a Jesús a un juicio para que fuera condenado a muerte y lo crucificaron” (24,20). Recurre al término “entregar (*paradíd mi*)”, que se utiliza para indicar el acto de llevar a alguien a la prisión o a la muerte (Lc 23,25; Hch 3,13; 8,3; 28,17).¹¹ Cleofás señala como únicos culpables a los sacerdotes y a las autoridades, y descarga al pueblo de toda responsabilidad en la muerte de Jesús, sin mencionar a Pilato y a los romanos.¹²

4. La esperanza de Cleofás

Mostradas las circunstancias, Cleofás pasa a explicar cuál es el verdadero motivo de su tristeza: “Nosotros esperábamos que él fuera el que iba a redimir (*lutrousthai*) a Israel” (24,21). Él y a su compañero están apenados porque ha quedado frustrada su esperanza de la “redención” de Israel. El verbo “redimir (*lutróomai*)” expresa la acción por la que mediante un pago se libera a una persona que se encuentra privada de libertad (esclavo o prisionero).¹³ En la versión griega del Antiguo Testamento (LXX) traduce por lo general los verbos hebreos *gā'al*¹⁴ y *pādâ*,¹⁵ que expresan la idea de liberación; se utilizan con referencia a la liberación de presos y esclavos,¹⁶ y preferentemente a la liberación de Israel cuando se encuentra oprimido por las fuerzas enemigas (Egipto, Babilonia...).¹⁷

11. El verbo “entregar (*paradídōmī*)”, aparece en forma pasiva y sin sujeto agente en los anuncios de la pasión (9,44; 18,32; 24,7; cf. 24,7); en estos casos se podría entender como una alusión al Servidor del Señor del libro de Isaías (53,6.12 LXX; cf. Rom 4,25). Otras veces el término se utiliza para designar, como en los otros evangelios, la traición de Judas (22,21-22.48).

12. Algunos textos del relato de la pasión muestran al pueblo como favorable a Jesús, mientras que sus adversarios son los sacerdotes y las autoridades (Lc 20,19; 21,38; 23,27.35.48). Pero otros textos del evangelio de Lucas involucran al pueblo junto con los sacerdotes en el pedido de la condena de Jesús (23,13.18.23). En el libro de los Hechos se recoge una tradición en la que el pueblo aparece como responsable junto con los sacerdotes y las autoridades, y la expresión parece indicar que ellos mismos fueron los que crucificaron y sepultaron a Jesús (Hch 13,27-29).

13. Cf. BÜCHSEL, F., *lytrō*, en TDNT, IV, 349-350.

14. Cf. RINGGREN, H., *gā'al*, en TDOT, II, 350-355.

15. Cf. CAZELLES, H., *pādâ*, en TDOT, XI, 483-490.

16. Cuando una persona particular caía prisionero, esclavo o preso, su familiar más cercano, al que se le llamaba *gō'el* (redentor), tenía la responsabilidad de liberar a su pariente (Lv 25,48-49).

17. El Antiguo Testamento aplica a Dios el nombre de *gō'el* de Israel porque lo sacó de la esclavitud en Egipto y en Babilonia (Is 41,14; 43,14; 44,24; Jr 15,21; 31,10). En el Nuevo Testamento, el título “redentor (*lutrôtēs*)” sólo aparece en boca de Esteban, que lo aplica a Moisés porque liberó a Israel de la esclavitud de Egipto (Hch 7,35).

En los relatos de la infancia de Jesús del evangelio de Lucas, envueltos en una atmósfera judeo-cristiana, Zacarías alaba a Dios "... porque ha realizado la redención/liberación (*lutrōsis*) de su pueblo" (1,68), y "nos ha concedido que, rescatados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor..." (1,73-74). El anciano Simeón tenía la certeza de que llegaría a ver al Mesías (2,26), y la profetisa Ana habla de Dios a todos que esperaban la "redención/liberación (*lutrōsis*)" de Israel (2,38).¹⁸ Se entiende que en el judaísmo de la época de Jesús se esperaba que Dios llevara a cabo la liberación Israel de los romanos, la potencia extranjera que lo estaba oprimiendo, se restableciera el reino de Israel y un descendiente de David, ungido como legítimo rey, volviera a ocupar el trono. Cleofás recurre a este mismo lenguaje, y con esto muestra que él y sus compañeros seguían a Jesús alimentando la expectativa de que él fuera quien restableciera el reino de Israel (Hch 1,6).

Los escritos proféticos del Antiguo Testamento anuncian el tiempo futuro en el que Dios destruirá el mal y otorgará una felicidad sin límites. Dentro de este cuadro idílico, algunos textos dejan entrever que en esa era futura Dios volverá a reunir las doce tribus (Jr 30,9; Eclo 36,10), restablecerá el reino de Israel y hará sentar a un descendiente de David en el trono de Jerusalén (Jr 23,5; 33,15-16). Se debe notar, sin embargo, que en todos los casos la era mesiánica será obra de Dios, y no del rey de la dinastía davídica.

La monarquía fue suprimida por los babilónicos en el año 587, cuando Nabucodonosor, después de tomar Jerusalén, llevó al rey Sedecías al cautiverio y mató a sus hijos (2 Re 25,6-7). Con este crimen parecía eliminada la esperanza en la continuidad de la dinastía davídica.

Sin embargo Dios había prometido que el reino de Israel sería gobernado eternamente por un descendiente de David (2 Sm 7,16; Sal 89,30; 132,11-12). En esta promesa se apoyaba la esperanza de que un día el reino de Israel volvería a tener el esplendor de la época en que David y Salomón gobernaban sobre las tribus unidas. Pero transcurrían los siglos y los imperios impedían que algún miembro de la familia de David pudiera llegar a ocupar el trono de Jerusalén. En el siglo VI a. C., cuando se encontraban bajo el dominio de los persas, los profe-

18. Para referirse a la redención realizada por Jesucristo, Lucas recurre al término compuesto *polytrōsis* (Lc 21,28).

tas Ageo y Zacarías, alentaron la idea de que Zorobabel, un lejano descendiente de David (1 Cr 3,19) fuera el ungido esperado (Ag 2,20-23; Zac 4,6-10), pero esto nunca llegó a realizarse.

En el período entre los dos testamentos se dio un cambio en la concepción del papel que debía desempeñar el rey de la dinastía de David en el futuro de Israel. La literatura judía de la época romana utiliza con frecuencia el término “Mesías” (del hebreo *māšīa*)¹⁹ para referirse a un descendiente de David que será ungido como rey y llevará a cabo la tarea de instaurar el reinado de Dios y dar comienzo a la era mesiánica: el ungido de la familia de David expulsará a los extranjeros invasores y restablecerá el trono de Israel ejerciendo su dominio sobre las naciones paganas.²⁰ Bajo su reinado se producirá el tiempo de felicidad anunciado por los profetas. Pero se debe observar que muchos textos de la literatura de esta época hablan de la felicidad futura sin mencionar al Mesías,²¹ mientras que en otros, el Mesías queda prácticamente reducido a una figura guerrera y política. El historiador Fla-

19. El término hebreo *m šía*, que se traduce “ungido”, designaba normalmente a los reyes y sacerdotes (1 Sm 24,7; 26,9; Lv 4,3.5.16) porque eran ungidos con aceite perfumado (1 Sm 16,13; Lv 8,12) cuando accedían a su cargo. A partir de la época romana pasa a ser el título propio del esperado descendiente de David.

20. Escritores judíos y paganos de la antigüedad dan testimonio de esta creencia en el pueblo de Israel (FILÓN DE ALEJANDRÍA, *De Praem.*, XVI,95; FLAVIO JOSEFO, *Bell.*, VI,5,4; TÁCITO, *Hist.*, V,13; SUETONIO, *Vesp.*, IV; etc.). El apócrifo *Salmos de Salomón*, que según la mayoría de los investigadores habría sido escrito a mediados del siglo I a. C., contiene esta súplica por el restablecimiento de la dinastía de David: “²¹ Miralo, Señor, y suscitales un rey, un hijo de David, en el momento que tú elijas, oh Dios, para que reine en Israel tu siervo. ²² Rodéale de fuerza, para quebrantar a los príncipes injustos, para purificar a Jerusalén de los gentiles que la pisotean, destruyéndola, ²³ para expulsar con tu justa sabiduría a los pecadores de tu heredad, para quebrar el orgullo del pecador como vaso de alfarero, ²⁴ para machacar con vara de hierro todo su ser, para aniquilar a las naciones impías con la palabra de su boca, ²⁵ para que ante su amenaza huyan los gentiles de su presencia y para dejar convictos a los pecadores con el testimonio de sus corazones. ²⁶ Reunirá (el rey) un pueblo santo al que conducirá con justicia; gobernará las tribus del pueblo santificado por el Señor su Dios” (*Salmos de Salomón*, 17,21-26. A. Piñero Sáenz, “Salmos de Salomón”, en: DIEZ MACHO, A., *Apócrifos del Antiguo Testamento, III*; Madrid, Cristiandad 1982; 52-53).

21. “Hay libros del período del segundo templo en los que no aparece la figura del Mesías, aun cuando se trata de la salvación escatológica. Uno de ellos es, por ejemplo, el libro de Tobías, en el que se describe la salvación de Jerusalén, el retorno de la diáspora y la conversión de las naciones al Dios de Israel (Tob 13,9-11), pero falta un Mesías personal. Lo mismo se puede decir del libro de la Sabiduría de Ben-Sirá (*Eclesiástico* 36,1-17) y probablemente del libro de Daniel. En este último, la figura del Hijo del hombre se explica como una figura de los Santos del Altísimo (7,27). En el libro *La Asunción de Moisés*, la figura escatológica es el Ángel de Dios (c.10), pero no se menciona un ser humano que sea agente de salvación” (FLUSSER, D., *Messiah*, en: *Encyclopaedia Judaica, Second Edition*, Vol. 14; Farmington Hills, MI., Tomson Gale 2007; p. 112).

vio Josefo relata varios incidentes provocados por falsos Mesías que encabezaban movimientos sediciosos con la intención de expulsar a los romanos del territorio de Israel.²²

Las multitudes reaccionaron con alegría cuando oyeron a Jesús que anunciaba la próxima llegada del reinado de Dios (Mt 4,17; Mc 1,15), y vieron que él mismo se rodeaba de doce discípulos como un pre-anuncio del restablecimiento de las doce tribus (Mc 3,14 y par.). Los evangelios son coincidentes en decir que los discípulos y la multitud que seguía a Jesús tenían ideas muy confusas sobre el reino que él proclamaba. Marcos y Mateo conservan la tradición de que entre los doce había algunos que aspiraban a ocupar tronos junto al de Jesús (Mt 20,21; Mc 10,37); Marcos dice que cuando Jesús llegó a Jerusalén, la multitud lo aclamaba con alegría porque en este acto veía como inminente el restablecimiento del reinado de David: “¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David!” (Mc 11,10).²³ Esta versión fue llevada a oídos de los romanos, y motivó a Pilato para que se interesara en saber si Jesús era “el rey de los judíos” (Mt 27,11; Mc 15,2; Lc 23,3; Jn 18,33). Acusado de ser “el rey de los judíos”,²⁴ Jesús recibió las burlas de los soldados romanos como si él hubiera pretendido este título (Mt 27,28-29; Mc 15,17-19; Jn 19,2-3), y finalmente fue ejecutado con la pena de muerte reservada a los que se rebelaban contra el emperador (Mt 27,37; Mc 15,26; Lc 23,38; Jn 19,19). Cuando relata la ascensión de Jesús, Lucas dice que todavía en ese momento los discípulos dejaron ver que seguían esperando el establecimiento de un reinado terrenal, porque se reunieron para preguntarle: “Señor ¿es en este momento en que restablecerás el reino de Israel?” (Hch 1,6).

Todo esto permite ver que en el pueblo, el título “Mesías” tenía

22. FLAVIO JOSEFO, *Ant.*, XVIII,1,6; XX,5,1; XX,8,10.

23. Los fariseos aconsejaban a Jesús que reprendiera a los discípulos que lo aclamaban como rey (Lc 19,39), y también la multitud intentaba hacer callar al ciego que invocaba a Jesús llamándolo “Hijo de David” (Mc 10,47-48); todos temían que los romanos reprimieran violentamente tanto a quien se identificaba como pretendiente de la corona de Jerusalén como a los que lo aclamaban. Se sabía que en caso de sublevación, los romanos actuaban de manera rápida y sangrienta contra el cabecilla, que por lo general era condenado a la crucifixión, y también contra la población para que sirviera de escarmiento a todos.

24. Según los miembros del Sanhedrín, Jesús afirmaba “que era el rey mesías” (Lc 23,2), y en Tesalónica denunciaron a los cristianos porque “dicen que hay otro rey, que es Jesús” (Hch 17,7).

connotaciones políticas y estaba ligado a expectativas terrenales ligadas a la restauración del reino de Israel. Por esa razón Jesús no utilizó ni permitió utilizar el término “Mesías” como referido a su persona (Mt 16,20; Lc 9,21).²⁵

Cleofás y su compañero no habían alcanzado a comprender cuál era la naturaleza del reino que venía a instaurar Jesús, y tenían puesta su confianza en él porque esperaban que restaurara el reino de Israel. Su esperanza se limitaba a lo terrenal y político, y esta se vio frustrada cuando Jesús fue condenado y ejecutado.²⁶ Con la muerte de Jesús se había puesto punto final a sus esperanzas y ya no quedaban razones para seguir esperando. Las expectativas de estos discípulos estaban totalmente condicionadas por las circunstancias históricas por las que pasaba el pueblo judío, y se concentraban en proyectos terrenales; esto les impedía levantar la mirada para comprender las verdaderas dimensiones del proyecto de Jesús. Ellos retornaban llenos de tristeza, sin advertir que Jesús caminaba junto a ellos.

Cleofás continuó dando las razones de su tristeza, e indicó que ya habían pasado tres días desde aquel doloroso acontecimiento de la muerte y sepultura de Jesús (24,21). Cuando Jesús hizo los anuncios de la pasión habló de “tres días”, y fue para referirse a su resurrección (9,22; 18,33; cf. 24,7). Cleofás también mencionó los tres días, pero en su boca esa expresión no evocaba la fe en la palabra de Jesús que anunciaba la resurrección. Cleofás lo decía para constatar un hecho irreversible: no queda lugar para seguir esperando en un muerto que lleva tres días sepultado.

Para finalizar, Cleofás recordó el incidente de las mujeres que fueron al sepulcro, lo hallaron vacío y regresaron relatando visiones de ángeles que les habían anunciado que Jesús vivía (24,22-23). Sin embargo, esto no había sido suficiente para los discípulos. Algunos miembros de la comunidad fueron también al sepulcro y hallaron todo como decían las mujeres, es decir, el sepulcro estaba vacío, pero como

25. La comunidad cristiana dará a Jesús el título “Mesías (*Cristo*)” después de su resurrección, en referencia a su ascensión al trono de Dios, y no al trono de Jerusalén (Hch 2,36).

26. El evangelio de Juan lo resume en la escena de la multiplicación de los panes (Jn 6,1-14): la multitud que siguió a Jesús al desierto quiso “hacerlo rey” (6,15), pero él no accedió. Entonces sus discípulos bajaron a la orilla del lago, y abandonando a Jesús se fueron solos en la barca (6,16-17).

no habían visto a Jesús (24,24), no creyeron en el testimonio de las mujeres²⁷ y lo desecharon como si se tratara de fantasías (24,11).²⁸

Todos los cristianos saben que en Jerusalén hay un sepulcro vacío. Pero esto no es suficiente para tener fe en la resurrección. El sepulcro vacío es un signo que no basta por sí mismo. Las razones por las que el cadáver de Jesús no se hallara en su interior podían ser muchas. Es necesario que se presente un testigo fidedigno y anuncie la resurrección, una palabra autorizada que la explique.

5. *La explicación de las Escrituras*

Jesús tomó entonces la palabra, y pasó a desempeñar el papel central en el relato. Como había hecho Cleofás, también él comenzó con un reproche: ¿Cómo podían ignorar su pasión y resurrección si ellos conocían las Escrituras? Su ignorancia se debía a que eran “insensatos y lentos de corazón”; no tenían inteligencia, y su mente se movía con lentitud para entender todo lo que habían dicho los profetas.

En realidad, Jesús había anunciado a los doce que en Jerusalén se debía cumplir todo lo que los profetas habían dicho referente a la pasión y resurrección del Mesías (18,31-33). No obstante, Lucas indicó oportunamente que estos anuncios de Jesús no fueron comprendidos por los discípulos (18,34). Jesús trajo entonces a la memoria de los dos discípulos lo que contenían aquellos anuncios: “¿Acaso el Mesías no debía padecer estas cosas y entrar en su gloria?” (24,26). Los padecimientos no significaban un fracaso, sino la condición necesaria para entrar en su etapa gloriosa. Sin esperar respuesta, Jesús comenzó a explicarles, comenzando por Moisés, todo lo que los profetas habían dicho acerca de él (24,27).

Los textos explicados por Jesús se referían a los padecimientos por los que debía pasar el Mesías para entrar en su gloria, y si bien se

27. Cleofás recoge aquí la tradición de una visita al sepulcro hecha por Pedro (Lc 24,12) o por Pedro acompañado por el discípulo amado de Jesús (Jn 20,3-10).

28. En algunas corrientes de la tradición judía se consideraba que las mujeres no podían ser testigos porque la Escritura, cuando se refiere a los “testigos”, siempre utiliza nombres y pronombres en masculino (*Siphre ad Deuteronomium*, § 190). “No se admitirá el testimonio de las mujeres, por la frivolidad y osadía de su sexo” (FLAVIO JOSEFO, *Ant.*, IV, 8,15).

puede suponer que se refiriera a los textos bíblicos que de alguna manera hablan de la gloria de los tiempos mesiánicos, no resulta fácil indicar algún texto que en ese tiempo se interpretara entre los maestros judíos como referente a un Mesías sufriente. Los ejemplos presentados por muchos comentaristas no son suficientemente convincentes.²⁹ Sin embargo, aunque los textos del Servidor del Señor (Is 52,13-53,12) y los Salmos del justo sufriente (Sal 22; 69; etc.), no se refieren literalmente al Mesías, la comunidad cristiana, desde los primeros tiempos, los leyó como anuncios de la pasión de Jesús (Hch 8,32-35; cf. Mt 8,17; 1 Pe 2,22-25; y también Mc 15,34; Jn 19,24.28; etc.). San Pablo da testimonio de que en la proclamación del evangelio, así como lo recibió de la comunidad y lo enseñaba a sus discípulos, se hablaba de la pasión y resurrección de Jesucristo “según las Escrituras” (1 Cor 15,3-4). En los evangelios se afirma que Jesús se sometió a la pasión en cumplimiento de las Escrituras (Mt 26,31.54.56; Mc 14,27.49), y la catequesis de la Iglesia, desde los primeros tiempos, fue presentada desde esa misma perspectiva.

6. La fracción del pan

El redactor omite la reacción de los discípulos ante la explicación dada por Jesús. Esta se interrumpió cuando los caminantes llegaron a la cercanía de Emaús y Jesús hizo el ademán de seguir adelante (24,28). El relator no lo aclara, pero deja entender que los dos discípulos habían quedado atrapados por la personalidad del desconocido que les explicaba las Escrituras, porque no permitieron que él siga su camino, sino que lo “obligaron (*parebiázanto*)” a quedarse con ellos, poniendo como excusa que ya caía la tarde e iba declinando el día (24,29). Se podría decir que los dos discípulos aún no lo sabían, pero

29. El texto clásico para hablar del Mesías sufriente es el cántico del Servidor del Señor de Is 52,13-53,12. En el texto no se habla del Mesías, pero el *Targum* de Isaías, de fecha incierta anterior al siglo V d. C., llama “Mesías” al Servidor, le aplica los versículos que hablan de su gloria, y refiere al pueblo de Israel y a las naciones paganas los que hablan de los sufrimientos (Cf. RIBERA FLORIT, J., *El Targum de Isaías, la versión aramea del profeta Isaías*, Valencia 1988; págs. 209-212). Se discute entre los autores si la idea de un Mesías de Efraim, el Mesías sufriente de la familia de José, presente en algunos textos rabínicos (*TB. Sukkah* 52a), surgió por influencia del cristianismo, o ya existía en la época del segundo templo (cf. SCHÜRER, E., *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús, II*; Madrid, Cristiandad 1985; 705-7).

el encuentro con el Resucitado ya había comenzado a transformarlos desde el momento que dejaron de ver a Jesús como un anónimo caminante e insistieron para recibirlo como un huésped.

El relato se traslada inmediatamente al interior de la casa. Los caminantes se dispusieron para la cena, y como era la costumbre, se recostaron para comer. Según la tradición judía, al dueño de casa le correspondía ocupar la presidencia en la mesa, y después de haber lavado sus manos cuidadosamente, según la forma ritual, debía proceder a pronunciar la bendición, partir el pan y repartir los fragmentos entre los comensales.³⁰ No se explica la razón por la que Jesús, siendo un huésped, ocupó el lugar del que preside, porque habiendo tomado el pan, pronunció la bendición, y después de partirlo lo repartió entre ellos (24,30). Estos son los mismos gestos que Jesús había realizado cuando multiplicó los panes (9,16), y más tarde repitió durante la última cena, añadiendo en este caso las palabras con las que indicaba que ese pan partido y repartido era su cuerpo entregado en beneficio de todos ellos; en aquella ocasión ordenó a sus discípulos que siguieran haciendo eso en su memoria (22,19).³¹

En cuanto Jesús partió el pan, “los ojos de ellos fueron abiertos”. El evangelista había utilizado el verbo en voz pasiva: “sus ojos eran impedidos (*ekratounto*)” (Lc 24,16), indicando una acción continuada, para referirse a lo que impedía que reconocieran a Jesús que caminaba junto a ellos cuando iban por el camino. Ahora vuelve a utilizar un verbo en voz pasiva, pero indicando una acción puntual, para indicar la acción de la apertura: “los ojos fueron abiertos (*diēnoijthēsan*)”. La misma acción divina que había intervenido para impedir que ellos reconocieran a Jesús durante el camino, es la que ahora, en un instante, les permite reconocerlo “en la fracción del pan”, cuando el pan se partió y se distribuyó. Pero en ese momento en que reconocieron a Jesús, él se hizo invisible para ellos (24,31).

30. En la tradición judía se da mucha importancia a la recitación de la acción de gracias por el pan, que debe ser pronunciada por el dueño de casa (*TB. Berajot*, 46a). Esta oración es llamada “bendición” porque con ella se bendice a Dios, que otorga el alimento a los seres humanos: “Bendito seas Señor, Dios del universo, por este pan...”.

31. Los relatos del libro de los Hechos de los Apóstoles confirman que los discípulos continuaban reuniéndose “para la fracción del pan” (*Hch* 2,42; 20,7).

Como primera reacción ante el acontecimiento, los discípulos tomaron conciencia de que en el camino, mientras él les explicaba las Escrituras, habían experimentado que "el corazón de ellos estaba ardiendo" (24,32). En la antropología semítica, el corazón es lo más interior del ser humano y la sede de los pensamientos; es el lugar en el que se realiza el encuentro con Dios; en algunos casos equivale al "yo".³² Los discípulos quieren expresar que al estar con Jesús en el camino y oír la explicación que les daba, la mente, la inteligencia de ellos, o tal vez su mismo ser, se encontraba como dentro de un incendio, experimentaban la cercanía de Dios como un fuego.

El relato concluye rápidamente con una escena que constituye un paralelismo, en forma antitética, de la primera escena: los dos discípulos que antes caminaban de Jerusalén a Emaús, ahora emprenden el camino de regreso desde Emaús a Jerusalén; los que antes habían desdeñado el anuncio de la resurrección dado por las mujeres, ahora se convierten en mensajeros de ese mismo mensaje. La comunicación de la noticia del encuentro con el Resucitado no permitía dilaciones. Por eso se levantaron en ese mismo momento y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once junto con todos los demás miembros de la comunidad (24,33).³³ Al llegar, se encontraron con que la comunidad ya tenía conocimiento de la resurrección de Jesús, porque el Señor se había manifestado a Simón Pedro (24,34).³⁴ Los recién llegados de Emaús contaron a su vez lo que les había sucedido en el camino y cómo habían reconocido a Jesús "en la fracción del pan" (24,35).

7. *La visión del Resucitado*

El relato del evangelista llega a su punto culminante. Cuando

32. "El corazón es el "lugar" de la persona en el que se realiza el encuentro con Dios, tanto en sentido positivo como negativo, en el que la vida religiosa tiene su firme fundamento y desde el cual se determina la conducta ética de la persona" (SAND, A., *kardia*, en: *Exegetical Dictionary of the New Testament* (Balz, H., and Schneider, J., eds.), Grand Rapids, Mi., Eerdmans 1991; II, 249-251.

33. No se entiende cómo es posible que en esa misma noche volvieran a hacer el camino entre Jerusalén y Emaús que habían recorrido durante el día, y encontraran aún a la comunidad reunida. El evangelista no trata de explicarlo, y sólo quiere dar a entender la urgencia de los discípulos por llevar la noticia de lo que les había sucedido en Emaús.

34. Esta aparición del Resucitado a Simón Pedro no está relatada en los evangelios, pero es aludida por san Pablo (1 Cor 15,5).

María Magdalena y sus compañeras fueron al sepulcro y recibieron el anuncio de la resurrección del Señor, “a él no lo vieron” (24,24). Tampoco lo vieron los miembros de la comunidad que fueron al sepulcro después de recibir la noticia dada por las mujeres. Los dos discípulos que partieron hacia Emaús estaban decepcionados porque “a él no lo vieron”. En el concepto de un mesianismo terrenal que compartían estos discípulos, era necesaria la figura de un Mesías que se dejara ver combatiendo a los romanos y sentándose finalmente en el trono de Jerusalén. Ellos esperaban un cambio rápido de la sociedad, para el que consideraban necesaria la presencia de un Mesías al que pudieran ver sensiblemente.³⁵ Como él murió, fue sepultado y ya no lo vieron más, estas esperanzas se derrumbaron y habían emprendido el camino de regreso a su pueblo con la amargura del fracaso.

Sin embargo, Jesús resucitado sigue presente junto a los seres humanos que, como los dos discípulos, caminan decepcionados porque no ven la presencia del Resucitado y los cambios del mundo no se producen en la forma esperada por ellos. La humanidad hace planes a corto plazo y espera soluciones inmediatas. Cuando estas no se cumplen, llega la decepción, la amargura y la pérdida de esperanza. Pero es necesario mantener la esperanza, porque Dios tiene un plan para la eternidad que se ha de cumplir indefectiblemente. Jesús no vino a restaurar un reino terrenal, sino a llevar a cabo el plan de Dios de transformar al mundo y a la humanidad.

Aunque los humanos carezcan de fe y caminen sin esperanza, el Señor está presente, aunque “invisible (*áphantos*)”, empeñado en fortalecer la esperanza de todos. Él camina junto a cada uno de ellos dispuesto a desplegarles las Escrituras para que comprendan que “es necesario pasar por sufrimientos para entrar en la gloria” (24,26); que los “dolores de parto” se presentan como necesarios cuando se trata de traer una nueva vida, y que esta nueva vida está oculta en los planes de Dios, que superan los proyectos humanos, tanto como está el cielo sobre la tierra (cf. Is 55,9). Para todo esto él se hace compañero de camino de cada uno de los seres humanos, sobre todo de los que ven

35. El Evangelio de Juan presenta esta misma actitud en el ejemplo de Tomás, que para creer en el Resucitado exigía poder ver y tocar. El Señor proclama dichosos a los que creen sin haber visto (Jn 20,25.29).

que sus esperanzas se derrumban: “El que para ustedes se hizo compañero de camino, se hizo camino para ustedes”.³⁶

Es en vista de esto que el Papa Francisco pide a Dios que libre a todos de caer en la trampa de vivir sin esperanza, viviendo como si Jesucristo no hubiera resucitado y los problemas de cada uno fueran el centro de la vida.³⁷

Hasta que llegue el momento de la contemplación, cuando “lo veremos tal cual es porque seremos semejantes a él” (1 Jn 3,2), los fieles cristianos se reúnen en la celebración eucarística, sienten arder su corazón cuando oyen las Escrituras porque es él quien habla cuando estas se leen en la asamblea,³⁸ y ante la mirada de la fe el Resucitado se hace presente y se deja ver “en la fracción del pan” (24,35), cuando este se parte y se distribuye entre los miembros de la comunidad creyente.

LUIS HERIBERTO RIVAS
FACULTAD DE TEOLOGÍA (UCA)
07.09.16/09.11.16

36. “*Qui vobis comes factus est in via, ipse vobis factus est via*” (SAN AGUSTÍN, *Sermón CCXXXVI*, 4; PLS II, 1077).

37. PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Vigilia Pascual* (26-3-2016).

38. “...está presente en su palabra, porque él mismo habla cuando se leen las Sagradas Escrituras en la Iglesia” (CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium* I, 7).